



Salvador Herrera G. / Ciencias de la Comunicación

—OTRA VEZ SERA—

Luego de mucho caminar por el polvoriento camino, llegaron a la humilde choza. La madre preparó el café y tortillas untadas con manteca; el padre, cabizbajo, pensaba en la cosecha; el niño veía extasiado el caballito del calendario que adornaba la pared. Luego, ya mitigada su hambre y cansados, se dispusieron a dormir.

El niño empezó a soñar. Soñaba con el carrusel de la feria del pueblo —hacía rato, sus padres lo habían llevado allá—; se soñaba dando vueltas y más vueltas en un pequeño corcel; sus pequeñas manos morenas acariciaban las doradas crines del caballito de madera. Daba vueltas y vueltas. El ya no sería un niño cualquiera, al otro día contaría a sus amiguitos que había montado en uno de los caballitos de la feria, y eso lo haría un niño distinto. Así, siguió cabalgando hasta que empezó a sentirse mareado. . . mareado y ya no supo más.

Entonces despertó, todavía pensando en la feria del pueblo, en los caballitos, en su sueño. Y despertó a la realidad cuando recordó lo que allá en la feria, le dijo su padre:

—Lo siento, la cosecha se ha perdido, estoy endrogado con el patrón. . . no puedo pagarte ni una vuelta en el tiovivo. . . otra vez será. . .

— LA BOTELLA —

El hombre sentía esa desesperación que mata. Sólo pensó en ahogar esa tremenda desesperación sumiéndose en el sopor que da el licor. Tomó de la despensa una botella verde, redonda, de cuello largo y estrecho que contenía el licor que calmaría su sed. Tomó un vaso tras otro, hasta que empezó a experimentar esa sensación de vacío, ingravidez; sentía que todo daba vueltas a su alrededor, y fue a tirarse sobre el lecho.

Acostado, le parecía que la cama rechazaba su cuerpo y que el techo se venía sobre de él, cargado de esa desesperación de la que huía. A tientas se paró y siguió ingiriendo, hasta que el ambarino líquido se agotó. Su sed era insaciable; acercó la botella a su boca para sorber la última gota, introdujo la lengua, los labios, la cara y todo su cuerpo. Y todo él se metió dentro de la

botella verde, redonda. . . se había por fin librado de la desesperación que lo perseguía.

En un raro museo de una ciudad de Europa, puede verse hoy, entre una rica colección de botellas que encierran barquitos y otros objetos raros, esa botella verde, redonda, de cuello largo y estrecho, que guarda dentro de su redondez el cuerpo desesperadamente empequeñecido de un hombre, de ese hombre que de tan desesperado, se empequeñeció tanto hasta introducirse dentro de esa botella verde, redonda, de cuello largo y estrecho.

—RAPIÑA—

Alto. Muy alto vuelan los zopilotes. Trazan negros círculos. Se agrupan tapando el sol. Poco a poco van descendiendo, uno tras otro, siempre formando negros círculos. Se acercan. Unos vuelan ya a ras del suelo. Pronto, pronto su rapiña acabará con mi cadáver.

—SU MUERTE—

La rosa que con tanto amor cultivé, la única flor que brotó de ese rosal amaneció marchita. Su tallo está torcido, como si alguien, con saña, en vez de cortarla, la hubiera torcido. Pero nadie ha entrado al jardín. . .

Hoy encontré la explicación: junto al rosal cultivé girasoles, y como ellos, la rosa se enamoró del sol. Sólo que la rosa no tiene la elasticidad de los girasoles; por eso, siguiendo al sol en su circular carrera, se quedó así, torcida, hasta encontrar su muerte en dirección al poniente.

—EL ADIVINADOR—

De todos los puntos del país venían a consultar al prodigioso hombre, que en el humo de un cigarro leía el pasado, el presente y el futuro. El hombre se hizo rico y famoso.

Un día dejó de fumar, se dijo que una extraña dolencia lo aquejaba. Nadie se explicaba cómo era posible que dejara de fumar, si el humo de un cigarrillo era la fuente de su sabiduría.

Poco antes de morir, el hombre me confesó su secreto: un día, quiso saber él mismo su futuro, prendió un cigarrillo, fumó y expiró la bocanada de humo. . . y las volutas dibujaron sobre su cabeza, las letras de la palabra *Cáncer*.

